

**XII Encuentro Latinoamericano de Facultades de Comunicación Social
FELAFACS - Pontificia Universidad Javeriana
Bogotá, septiembre de 2006**

Mesa #16: Pensar la incertidumbre en la sociedad (¿de la información?)
MODERADOR Hernando cruz

Incetidumbre y comunicación.

Dominios de supervivencia y estructuración del acontecer

Carlos Lozano Ascencio. Madrid, España. *Universidad Rey Juan Carlos*
carlos.lozano@urjc.es

(México, D. F., México 1962) Doctor en Ciencias de la Información por la Universidad Complutense de Madrid y Licenciado en Ciencias de la Comunicación por la Universidad Nacional Autónoma de México. Profesionalmente ha trabajado en la televisión pública mexicana (IMEVISIÓN), en TVE y en la Televisión Educativa Iberoamericana en programas y en proyectos educativos y de divulgación científica. Su trayectoria docente en el ámbito de la comunicación se inicia en 1983 tanto en universidades mexicanas como españolas. Actualmente es profesor de la carrera de Periodismo y coordinador del Master oficial europeo en Comunicación y Problemas socioculturales en la Universidad Rey Juan Carlos. Sus principales líneas de investigación destacan los aspectos comunicativos en contextos como: la sociedad del riesgo, la incertidumbre social y el acontecer catastrófico. Acaba de publicar junto con José Luis Piñuel e libro: *Ensayo general sobre la comunicación*. Barcelona, Paidós. 2006.

José Luis Piñuel Raigada. Madrid, España, *Universidad Complutense*
jlpinuel@terra.es

(Zamora, España 1946), es DOCTOR en Psicología (Universidad «Louis Pasteur», Estrasburgo, Francia, 1978) y DOCTOR en Filosofía (Universidad de Salamanca, España, 1979); desde 1980 enseña *Teoría de la Comunicación*. De sus quince libros y su centenar de artículos científicos publicados sobre temáticas de Comunicación, destacan, *Producción, Publicidad y Consumo* (2 vol. varias ediciones. Edit. Fundamentos, Madrid, 1983 y ss); *El Consumo Cultural* (Edit. Fundamentos, Madrid, 1986) *El terrorismo en la Transición española* (Edit. Fundamentos, Madrid, 1987) *La Expresión. Una introducción a la filosofía de la comunicación*. (Edit. Visor, Madrid, 1989); *Cultura política y TV en la transición en*

Chile (Edit. Centro de Estudios de América Latina -C.E.D.E.A.L- Madrid, 1991); *La Dirección de Comunicación. Práctica profesional y Diccionario técnico.* (en col. con M.H. Westphalen, Edit. El Prado, Madrid, 1993); *Metodología General. Conocimiento científico e investigación en la Comunicación Social* (Edit. Síntesis, Madrid, 1995), *Teoría de la Comunicación y Gestión de las Organizaciones* (Edit. Síntesis, Madrid, 1997) y *Técnicas de investigación en la Comunicación Social. Elaboración y registro de Datos.* (En col. con J.A. Gaitán, Edit. Síntesis, Madrid, 1998).

Juan Antonio Gaitán Moya. Madrid, España. *Universidad Complutense*
GAITANMOYA@telefonica.net

Profesor titular en el Dpto. de Sociología IV, Sección de comunicación, Facultad de CC. De la Información, U.C.M. Doctor en CC. de la Información. Ha realizado investigación de análisis de contenido sobre el discurso de los M.C.M.: Prensa y discurso político, TV y discurso publicitario, TV y reality show, TV y programación, así como sobre audiencias de los media : consumo cultural, audiencias infantiles. Es autor y coautor de distintas publicaciones derivadas de tal investigación empírica, además de otras teóricas y metodológicas en el campo de la comunicación social. – Sus publicaciones más destacadas son: Piñuel Raigada, J.L.; Gaitán Moya, J.A.; García-Lomas Taboada, J.I. (1987): *El consumo cultural.* Madrid. Editorial Fundamentos / Instituto Nacional de Consumo. 1987. 282 páginas. Piñuel Raigada, J.L. y Gaitán Moya, J.A. (1995): *Metodología General. Conocimiento e investigación en la comunicación social.* Madrid. Editorial Síntesis. 639 páginas. Gaitán Moya, J.A. y Piñuel Raigada, J.L. (1998): *Técnicas de investigación en comunicación social. Elaboración y registro de datos.* Madrid. Editorial Síntesis. 332 páginas. Piñuel, J.L., Gaitán, J.A., García, F. (2004): “La violencia en la escuela a través de la prensa on-line de los periódicos de referencia en España (2003)”. Madrid. En Serie Informes. Centro Nacional de Información y Comunicación Educativa.

Los autores pertenecen al grupo de investigación inter-universitario *MDCS* (Mediación Dialéctica de la Comunicación social) <http://www.ucm.es/info/mdcs/>

Resumen:

Los dominios de existencia podrían ser considerados como ámbitos y representaciones de las posibilidades producidas, en un momento dado, por posiciones y movimientos del sujeto, que parcialmente vienen estructurados y determinados por posiciones y movimientos anteriores, pero que también resultan parcialmente sometidos a la incertidumbre de los éxitos o fracasos perseguidos en cada actividad. Los dominios de supervivencia son las capacidades y/o habilidades que desarrollan y utilizan los seres humanos para sobrevivir a los avatares de los entornos habitados. Se trata, en primera instancia, de habilidades biológicas heredadas de la propia especie, también de destrezas cognitivas que se van adquiriendo en base a la experiencia para saber reconocer y anticiparse a los cambios del entorno y, por último, son capacidades culturales aprendidas en el seno de las relaciones sociales. Todo ser superviviente es un ser vivo, pero no todo ser vivo es un ser superviviente. La supervivencia, en este sentido, es una costosa recompensa de experiencia y de vida para quienes no sólo se enfrentan a una mortal contingencia sino que, sobre todo, la superan con vida. El paso dado habilita a los seres supervivientes a desarrollar nuevas capacidades y aptitudes para continuar viviendo y, sobre todo, para continuar enfrentándose a otros avatares del entorno. Así, en la medida en que algunos seres vivos (los supervivientes) van controlando su permanencia y superando con vida los recurrentes avatares que se les presentan, se puede decir que sus dominios se van expandiendo sobre el terreno y el tiempo (durabilidad) con la misma intensidad con la que se van ampliando sus capacidades orgánicas, sensitivas y de acción; destrezas que, dicho sea de paso, les permiten a los sujetos someter los entornos a sus propios objetivos vitales. La sucesión de dominios de existencia (y de supervivencia) comprenden tanto regulaciones, como decisiones y puestas en práctica de alternativas de comportamiento frente al entorno. Pero no frente a cualquier entorno, sino frente al entorno percibido, representado y pautado conforme a la deriva de las estructuras sucesivas que la vida en sociedad va imponiéndole al sujeto continuamente. ¿Se podría entonces desvelar si existe una estructura del acontecer posible (de ser percibido, representado y pautado) conforme al dominio social de existencia histórica en curso? Esto es lo que vamos a analizar en esta comunicación.

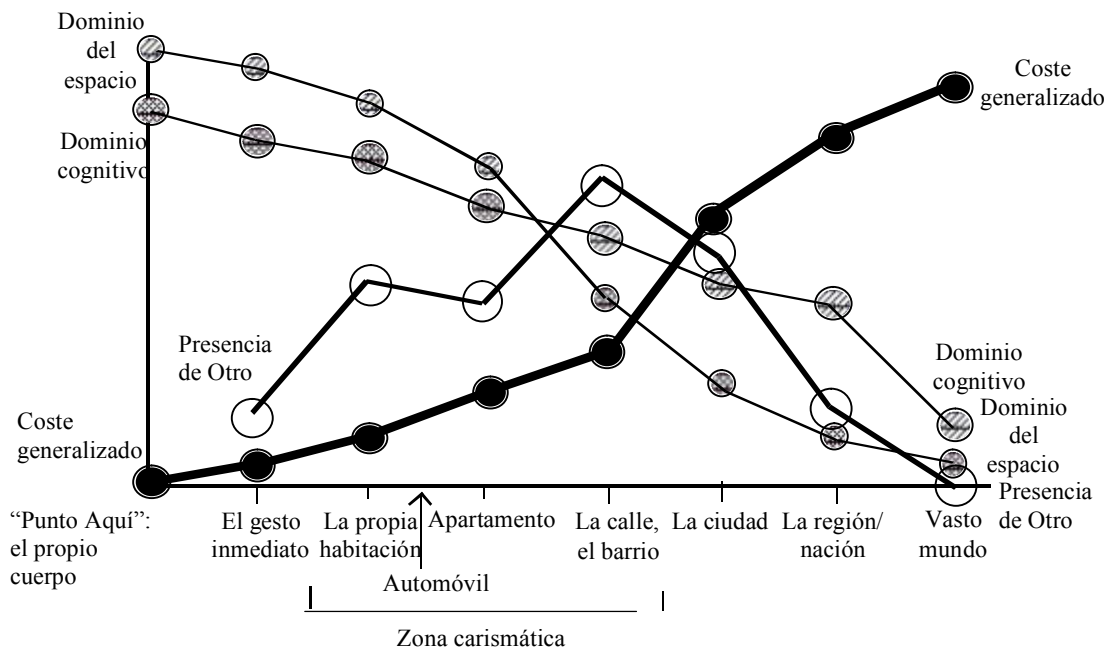
Los “caparazones de la existencia”: gestión de entornos y resistencia al cambio.

Abraham Moles* llamó “caparazones de la existencia” a la acumulación de entornos superpuestos a partir de un “punto aquí” donde habría que situar a cada sujeto, y cuyos límites para cada entorno, desde el más próximo al más alejado, darían como resultado la superposición de estos caparazones como las capas de una cebolla o de una alcachofa. Al interior de cada uno de estos caparazones, el sujeto aspira a gestionar un orden de actuaciones conforme al cual prever cambios y/o adaptarse a éstos. El coste de esta gestión viene determinado por el dominio cognitivo y el dominio efectivo de cada uno de los entornos, así como por las distancias de sus límites respecto al “punto aquí” y la presencia de otros sujetos que cooperen o dificulten ese dominio (ver Figura 1). En esta figura puede verse cómo la línea horizontal marca esquemáticamente los intervalos que representan cada uno de los “caparazones de la existencia”: el primero, que se limita al “propio cuerpo” y, el último, que desaparece cuando supera el “vasto mundo”. La línea vertical, que también arranca del mismo punto de origen, representa esquemáticamente la capacidad mayor o menor de que el sujeto dispone para gestionar las dimensiones del “dominio del espacio”, del “dominio cognitivo” y el “coste generalizado” o esfuerzo que tales dominios exigen a esa gestión. Este esfuerzo es mínimo en el punto de origen: así, considerado el entorno del propio cuerpo del sujeto, éste domina de forma más efectiva el espacio circunscrito a la corporalidad y, de forma menos efectiva, el control cognitivo de este espacio, ya que muchas funciones corporales se desarrollan sin intervención del sistema nervioso y su curso no puede ser percibido. “Dominio del espacio” y “dominio cognitivo” alcanzarían pues dimensiones mayores respecto al punto de origen y estas dimensiones van decreciendo a medida que se alejan del “punto aquí”, y se acercan a aquellos “caparazones” que el esquema representa como intervalos de la línea horizontal. Hay otra dimensión que es inexistente en el punto de origen, cuando se considera exclusivamente el caparazón corporal: la “Presencia de Otro”. Esta dimensión, esquemáticamente referida a la diversidad de otras personas que cooperen o dificulten la gestión personal de los entornos o caparazones, adquiere mayor importancia cuando se consideran los intervalos de la “Zona carismática”. Moles (1972) denominó así al conjunto de entornos donde la gestión de los espacios se

* Moles, A. y Rhomer, E. *Psychologie de l'espace*, París, Casterman, 1972: 60.

realiza forzosamente a través de interacciones interpersonales. Cuando el individuo ya no puede gestionar los espacios personalmente a través de interacciones con otros, la dimensión referida a la “Presencia de Otros” decrece precisamente porque “los otros” se difuminan, son indeterminados, son muchos pero son masa, ni siquiera se les puede contar uno a uno.

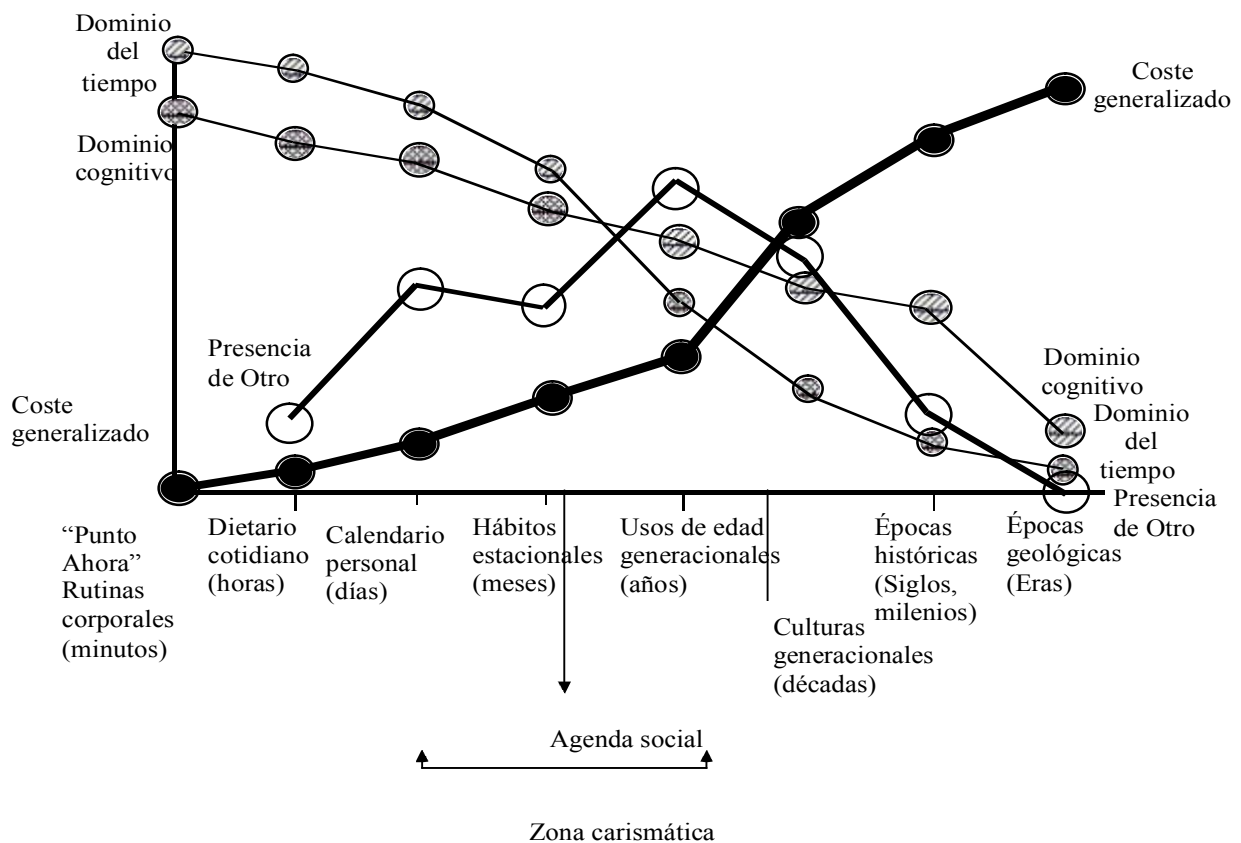
Figura 1



Cada uno de estos entornos se gestionan en función de la previsión de sus cambios y cualquier previsión se realiza respecto al orden que los esquemas, revisados permanentemente por los sujetos, permiten anticipar conforme a los dominios de existencia que la vida en sociedad va imponiendo; y que comprenden regulaciones, decisiones y puestas en práctica de alternativas de comportamiento frente a los diferentes entornos. Por tanto, la previsión de cambios (propios y del entorno) acompaña la actividad del sujeto percibiendo, participando y generándose expectativas respecto al curso del acontecer susceptible de ser inscrito en esos entornos, considerados por Moles. Ahora bien, el curso del acontecer no puede ser representado sin referencia al tiempo y el esquema de Moles se refiere sólo al espacio. ¿Existe la posibilidad de representarse “caparazones de la existencia” referidos a diferentes dimensiones de tiempo? ¿Los “caparazones de la existencia” se superpondrían también a partir de un origen limitado a la intimidad temporal del

sujeto? ¿Cuáles serían entonces los intervalos del curso temporal del acontecer que habría que considerar respecto a la gestión de los dominios de existencia, tomando como punto de origen el “punto ahora”? (Ver Figura 2)

Figura 2



Si en la esquematización de los “caparazones de la existencia”, el “punto aquí” suponía entornos espaciales medibles desde el origen por unidades geométricas (*v.g.* metros, áreas, km² etc.), el “punto ahora” supone tomar en cuenta dimensiones que deben ser medidas desde el origen por unidades temporales: minutos, horas, días, etc. O sea, que si el punto de origen es el sujeto que aspira a gestionar sus actuaciones, los entornos temporales deben remitir a su duración, como los entornos espaciales remitían a su extensión. Según Moles, al aumentar la extensión de los entornos espaciales, disminuyen el “dominio del espacio” y el “dominio cognitivo” de la gestión personal de actuaciones, incrementando su “coste generalizado”. ¿Entonces, podría sostenerse también que al aumentar la duración

de las actuaciones, disminuye el “dominio del tiempo” y su “dominio cognitivo” incrementándose el “coste generalizado” de la gestión personal de actuaciones? Podemos representarnos el curso del acontecer en la medida en que reconocemos nuestra permanencia (nuestra propia existencia) mientras nuestro entorno va cambiando; y a la inversa, reconocemos la permanencia del entorno, mientras somos nosotros los que vamos cambiando. Más aún: a medida que desarrollamos actuaciones respondiendo a los cambios del entorno, y a medida que nuestros entornos se modifican como consecuencia de nuestras actuaciones, la permanencia de sujetos y entornos va recíprocamente transformándose, construyendo “dominios de existencia” que, al evolucionar resultarán más o menos durables. Pero ¿cuáles son las unidades temporales imaginarias de esta durabilidad? Observando la línea horizontal de la figura 2, el primer caparazón temporal de la existencia es el intervalo que arranca del “punto ahora” en cuyo origen se sitúa el sujeto dispuesto a gestionar actuaciones de la más corta duración: por ejemplo, los minutos empleados en llevar a cabo una actividad corporal (peinarse, comer, etc.). Este primer caparazón temporal coincidiría con el primer caparazón espacial (el propio cuerpo) identificado por Moles. Siguiendo con este planteamiento, el esquema de la figura 2 propone cambiar de unidades para medir las dimensiones temporales que se corresponden con la previsión, planificación y gestión de actuaciones por parte del sujeto. La propuesta es identificar tipos de actuaciones correspondientes a unidades temporales de mayor duración. Así, si reparamos en las “horas” como unidades de medida temporal, las actuaciones que corresponderían ser gestionadas conforme a esta duración, son aquellas que en nuestra cultura occidental, desde la Revolución industrial y la generalización del uso del reloj, suelen consignarse en el “diario cotidiano” de cualquier agenda personal de actividades: por ejemplo, citas, tareas programadas a plazos de fecha, etc. El siguiente intervalo, que hemos denominado “Calendario personal”, comprende la programación temporal de actividades vinculadas a la variación de los días (de la semana, del mes, o del año, etc.) por efecto de prescripciones sociales que anticipan y/o imponen “secuencias de actuaciones” ligadas, no a horas, sino a fechas recurrentes en el Calendario (v.g. días laborables vs. días festivos) o a fechas a plazo fijo (v.g. recuento de días hábiles vs. días naturales para cumplir compromisos). A continuación hemos denominado en el esquema “Hábitos estacionales” a aquellas “dedicaciones temporales” vinculadas al cambio periódico de las estaciones, que en las culturas

agrarias dieron origen a los primitivos calendarios y que, en nuestra cultura occidental, se encuentran ligadas a costumbres y rituales asociados a esta duración (v.g. vacaciones estivales, programaciones escolares por trimestres, etc.). Hemos llamado al intervalo que sigue, “usos de edad generacionales”, porque en este caparazón temporal pueden inscribirse “guiones de interpretación” que, para secuencias de actividades muy diversas, son prescritos por la sociedad para lapsos temporales que duran años y que son asociados a los grupos de edad: infancia, adolescencia, juventud, madurez, ancianidad. Tales guiones marcan las secuencias de actividades habituales de menor duración (inscritas en los caparazones anteriores), desde la perspectiva de los “usos” asignados culturalmente a esos grupos de referencia cuyo rasgo es la edad, cuya duración es de años, y que carecen de retorno temporal: por ejemplo, no se puede transitar desde la madurez a la infancia..., pero se puede actuar retrasando la permanencia en un grupo de edad en la gestión de actuaciones a realizar (v.g. el “infantilismo” o síndrome de Peter Pan). También debemos advertir que hablamos de “guiones de interpretación” porque atañen a la forma de interpretar escénicamente las actividades a realizar, más allá de cuál sean los tipos de actividades, dotando al sujeto de una identidad que compromete las representaciones recíprocas entre los participantes. Aquí culmina la “Zona carismática”: más allá desaparece la posibilidad de gestionar toda actuación sirviéndose de relaciones interpersonales y es imposible conservar la referencia del “punto ahora” para una planificación del tiempo vinculada a unidades de medida de mayor duración. Hasta aquí el “punto ahora” le sirve al sujeto para reconocerse a sí mismo, tanto con relación a su pasado, más o menos reciente, como a su futuro más o menos próximo. Pero a partir de lo que hemos llamado “culturas generacionales” (que duran décadas), el pasado y el futuro remiten a medidas temporales desvinculadas de la permanencia personal del Yo y asociadas a la representación de un acontecer que engulle al Sujeto. Con relación al pasado, el sujeto ya sólo es capaz de representarse a sí mismo como “coetáneo” (o no) de los demás con quienes comparte (o no) una identidad social (no una identidad personal) que pertenece a una colectividad. Con relación al futuro, el tiempo deja de poder ser planificado para todo tipo de actuación, ni siquiera colectiva, y las décadas vinculadas a la representación de estos lapsos temporales forman parte de la incertidumbre sobre el porvenir, a partir de un presente que el sujeto aspira a comprender pero que no puede modificar. Por ejemplo, entre el reconocimiento del

sí mismo como “coetáneo” de la “Movida madrileña” de los ochenta, y el reconocimiento del sí mismo que otro sujeto puede efectuar como coetáneo del “Movimiento hippie” de los sesenta, se encuentra una diferencia generacional que remite a distintas visiones culturales del mundo con diferentes certidumbres del pasado y diferentes incertidumbres sobre el porvenir, a propósito del acontecer histórico. El acontecer histórico en curso es, precisamente, al que se refieren todas las diferencias entre “contemporáneos”, los cuales, aunque constaten estas diferencias, también comparten una existencia personal dentro del mismo marco temporal (o caparazón) que ahora estamos considerando. La “contemporaneidad” adquiere una dimensión con relación a unidades de medida expresadas en siglos, de forma que, por ejemplo, en la tasación de arte se consideran “antigüedades” aquellas obras datadas al menos un siglo atrás, y de esta forma la catalogación temporal de cualquier acontecer que supere los cien años adquiere la dimensión de “histórico”, y las “épocas” sirven como unidad de medida temporal. Así, es frecuente remitir a estos marcos temporales (siglo, época, etc.) cualquier suceso cotidiano al que representar hiperbólicamente con una relevancia capaz de superar lo previsto de la “contemporaneidad” porque se inscribe en una dimensión diferente, en una “dimensión histórica” (v.g. “el partido del siglo”, “un torero de época”, etc.). La Historia siempre ha servido para inscribir el acontecer dentro del curso temporal con el que se construyen los relatos (historias) remitidos a un pasado periclitado que, sin embargo, arroja luz sobre el presente (el “punto ahora” histórico) y que aspira a desvanecer la incertidumbre sobre lo que puede pasar en adelante respecto a la misma dimensión: pasar a la Historia. En este ámbito o caparazón, el “punto ahora” estaría destinado sólo a los sujetos que pasan a la Historia, no a cualquier sujeto, pero, ninguno de los sujetos vivos podrá comprobarlo nunca. Y, en todo caso, la Historia será una representación producida por prácticas sociales dirigidas a construir relatos (historias) capaces de brindarle su hilo temporal a un acontecer que trasciende a sujetos, grupos, comunidades, culturas, pueblos, etc., pero que se limita a los avatares humanos. Más allá de estos avatares (con relación a los cuales reconocer la existencia humana) sólo resta un último caparazón que comprende lo humano y lo no humano, lo vivo y lo inerte, lo terráqueo y lo cósmico; las dimensiones temporales que sirven para acotar esta infinitud son las “eras geológicas” y éstas con relación a la expansión del universo, desde un “antes” que se remonta al *Big-bang* (tiempo cero) hasta un “después” absolutamente abierto.

Los esquemas que acabamos de comentar están referidos a “cáscaras” espacio-temporales cuyos contenidos, desde el origen del punto aquí y del punto ahora, son gestionados por el sujeto conforme a guiones previstos para su propia actividad, la cual remite a tales espacios y tiempos como sus condiciones de existencia. Sin “actividad” no hay espacios ni tiempos aprehensibles para el sujeto. Así, al referirse a dimensiones espaciales relativas a la propia habitación de la casa, al automóvil o al barrio, o al referirse a dimensiones temporales para la pequeña duración de los minutos empleados (*v.g.*, en peinarse, desayunar, etc.), o al referirse a citas (para el calendario personal), el sujeto es quien dispone de la mejor forma el repertorio de “contenidos”, remitiéndolos a espacios y duraciones diferentes que sean hábiles para su actuación. Por ejemplo, si el sujeto piensa dónde encontrar un “cepillo de dientes” o un “tenedor” y qué hacer con ellos, el dominio cognitivo al que pertenecen las acciones posibles con esos objetos le llevará a encontrar el tenedor buscándolo en un cajón de la cocina y el cepillo de dientes en algún recipiente sobre el lavabo de su baño. Y los micro-actos con tales objetos formarán parte de rutinas cuyo momento y duración quedarán integrados en ellas. Sólo si el sujeto, por ejemplo, dudase del lugar de la búsqueda y del momento y duración para el uso de un tenedor o de un cepillo de dientes, manifestaría el síntoma de que el dominio cognitivo sobre esas rutinas estaría dañado por el mal de Alzheimer, pues los “micro-actos” con tales objetos nunca van a ser consignados en un diario formando parte de una planificación del espacio y del tiempo. Las acciones planificables por el sujeto se integran en esquemas de comportamiento cuya ejecución, rutinaria o no, cuenta con marcos espacio-temporales en su previsión, y cualquier trasgresión de estos marcos provoca un suceso inesperado o extraordinario. Por ejemplo, no encontrar el cepillo de dientes en su sitio retrasa la actividad rutinaria prevista, pudiendo dar lugar a una pequeña quiebra del curso anticipado del acontecer. Y precisamente es la quiebra del curso del acontecer lo que el sujeto trata de evitar, estableciendo una gestión de su actividad mediante el mantenimiento o vigilancia de un orden espacial y temporal en sus “caparazones de la existencia”. Los “caparazones de la existencia” en los que mejor puede el sujeto evitar la quiebra del curso del acontecer, son aquellos sobre los que más fácilmente puede ejercer personalmente su dominio cognitivo y efectivo, con menor coste generalizado, e imponiendo un orden espacial y temporal más seguro. Si este orden no es mantenido, el sujeto estará “a merced de los acontecimientos” es decir, a

merced de que el curso previsto de su actividad se interrumpa, se malogre, e incluso se tenga que posponer. Por esta razón el orden que el sujeto trata de imponer cognitiva y efectivamente sobre los entornos espacio-temporales donde haya de realizar su actividad, se convierte en una resistencia al cambio imprevisto, es decir, en una imposición de rutinas. La imposición de rutinas y la resistencia al cambio, manteniendo la vigilancia de los entornos donde deba desarrollarse la propia actividad, se debilitan cuando el dominio cognitivo y efectivo del entorno espacio-temporal va siendo menor, porque aumenta la extensión de los entornos, la duración de las actividades a ser realizadas (o su dilación a un plazo determinado) y la presencia de "otros" interviniendo en el curso del acontecer. En tales circunstancias el sujeto se ve obligado a evitar las quiebras del acontecer tratando de prevenirlo en aquellos entornos más alejados de su capacidad de control. Lo puede conseguir de dos maneras: 1) modificando la gestión de su actividad para adaptarla a las condiciones que se le imponen desde fuera y, 2) introduciendo un cambio efectivo que reestructure esta dependencia. Para conseguir lo primero, el sujeto puede optar por cambiar las coordenadas del tiempo rutinario ajustándolas a las distancias espaciales: por ejemplo, acortar el tiempo necesario para llegar a un sitio, tomando un atajo, cuando se dispone de una mejor representación del espacio real gracias a un mapa del territorio. O viceversa, achicar las distancias entre dos puntos mediante el uso de un vehículo cuya velocidad acorta el tiempo del trayecto. Para conseguir lo segundo, introduciendo un cambio efectivo que supere las servidumbres iniciales entre espacio y tiempo, el sujeto puede optar por transformar directamente el espacio (derribar una pared de casa, construir un túnel) o alterar el tiempo, aplazando o adelantando el comienzo o la duración de una actividad que logra desvincularse de las constricciones del espacio (así ocurre hoy día con la simultaneidad que las telecomunicaciones facilitan al prescindir de las distancias en la interacción). Es obvio que el sujeto no puede lograr tales alternativas si éstas no están a su disposición, y que el dominio social de existencia va cambiando a medida que van conquistándose socialmente recursos de gestión de los entornos espacio-temporales donde las costumbres van consolidando rutinas y previsiones sociales contra las quiebras del curso del acontecer.

Márgenes de previsión de cambios: el acontecer esperado e inesperado

El acontecer esperado es aquel que se ajusta a las previsiones de la actividad, rutinaria o no, y el acontecer inesperado es el que quiebra esas previsiones cuando la actividad se emprende. Por ejemplo, tomar a tiempo el avión para volar a un destino programado puede resultar ajustado a las previsiones de horarios y planificación personal de tiempos en el desplazamiento al aeropuerto y en el proceso de check-in; pero un retraso en la llegada al aeropuerto o en la facturación puede constituir un acontecer inesperado si el horario de vuelo se mantiene; y, a la inversa, un retraso en el horario de despegue puede ser un acontecer inesperado ante la puntualidad cumplida en la planificación personal de la actividad. Siempre el acontecer inesperado supone una quiebra para la gestión de la actividad prevista, pero esa quiebra no siempre conduce al fracaso de la actividad emprendida: el retraso imprevisto de la salida del avión puede compensar la quiebra del acontecer en el desplazamiento al aeropuerto o en la fila del check-in. Unos márgenes demasiado estrechos en la previsión de la actividad pueden provocar que el acontecer previsto se quiebre, ocasionando un fracaso de la actividad. Unos márgenes más amplios en la previsión de la actividad pueden permitir que un acontecer imprevisto no suponga un fracaso de la actividad emprendida. La relación que cabe establecer entre previsión de la actividad y acontecer esperado o inesperado, se manifiesta de diferente manera según prime el determinismo o el azar en el encadenamiento de los sucesos previstos respecto a los sucesos realmente ocurridos o percibidos por los sujetos; y según domine, por consiguiente, la continuidad o la discontinuidad en ese encadenamiento de sucesos contemplados por el sujeto. Por ejemplo, aquellos sujetos que más se resisten a arriesgarse en la ejecución de cualquier actividad que no haya sido previamente consignada en su agenda personal, tenderán a sentirse más vulnerables ante las quiebras del acontecer inesperado, pues sólo se sentirán seguros si se mantiene la continuidad acostumbrada entre previsión de la actividad y acontecer percibido en curso. Así le ocurre al ejecutivo presionado por la planificación de su tiempo disponible, candidato a sufrir síndromes de estrés permanentemente ante el curso del acontecer. Por el contrario, los sujetos que más fácilmente se arriesgan a emprender actividades no suficientemente previstas en su forma de ejecución, serán los sujetos más versátiles para adaptarse a la discontinuidad entre previsión y acontecer, y, por consiguiente, los sucesos del acontecer no serán percibidos por ellos como realmente inesperados. Así, es frecuente encontrarse con el artista

plástico o el escritor que, no habituado a someter el rendimiento de su trabajo a planificaciones de agenda, se familiariza con el azar y la discontinuidad del acontecer y tiende a percibir los acontecimientos como “esperables”. Podrían también imaginarse casos más extremos: por ejemplo, la hiper fijación de protocolos en la planificación de tiempos y espacios por una parte (*v.g.* el mayordomo de palacio) y la absoluta carencia de planificación (*v.g.* el vagabundo callejero) en las previsiones de su actividad y las quiebras del acontecer, que serán percibidas por ellos de manera opuesta. También varía la naturaleza de aquella relación entre previsión de la actividad y acontecer esperado o inesperado, según se imponga la permanencia o el cambio, la estabilidad o la inestabilidad, y la frecuencia o la excepción en el curso del acontecer. Por ejemplo, en el curso de los fenómenos climatológicos, el anticiclón condiciona la permanencia de temperaturas estables, cielos despejados (o nieblas persistentes), y ausencia de lluvias; mientras que el ciclón condiciona el cambio brusco y frecuente de temperaturas, la inestabilidad atmosférica en la formación de nubes, y la sucesión y diversidad de precipitaciones. Así, según las coordenadas geográficas (meridiano / paralelo) y la estación del año, cualquier sujeto podrá tomar en cuenta, y en consecuencia proyectar sus actividades, conforme al curso del acontecer procedente de las condiciones meteorológicas. Y finalmente, la naturaleza de aquella relación entre previsión de la actividad y acontecer esperado o inesperado variará según prevalezca la vigencia o la caducidad de los márgenes de previsión respecto a las actividades proyectadas en correspondencia con el curso del acontecer implicado. Los márgenes de previsión sobre aquel curso del acontecer que más compromete la actividad del sujeto, forman parte del capital cognitivo disponible a propósito de los entornos a los que se enfrenta el sujeto. Un ejemplo puede brindar la comprensión de lo que entendemos por “márgenes de previsión”, y “percepción de acontecimientos”: imaginemos un entorno semipúblico como el parque de juegos infantiles en una colonia o urbanización, en el que aparecen arrancados del suelo los aparatos, como columpios, toboganes, etc., y que se encuentran volcados sobre el terreno en un estado deplorable. Este panorama se ofrece a la vista de tres tipos diferentes de sujetos. El sujeto A es una persona ajena a la colonia, que atraviesa por primera vez aquel lugar casualmente, y no dispone, por tanto, de ninguna imagen previa del sitio. El sujeto B es una persona residente en el lugar, que dispone previamente de una imagen familiar de la zona de juegos infantiles y que recuerda inmediatamente

que el día anterior los aparatos se encontraban en su sitio y en uso, y que desconoce las causas por las cuales los aparatos de juegos infantiles se encuentran en ese estado. El sujeto C es una persona que, además de ser residente en el lugar, forma parte del comité responsable de mantenimiento de los espacios comunes, y que recuerda hallarse a la espera de los técnicos en instalaciones de juegos infantiles encargados de venir a sustituir los viejos por otros nuevos. El sujeto A no sabe si en el panorama contemplado ha habido un cambio o si éste es el estado habitual de deterioro del lugar, y como no se encuentra implicado con ese entorno, no siente inquietud alguna, y por consiguiente no ve en ello ninguna quiebra del acontecer. El sujeto B sabe que ha habido un cambio, pero desconoce por qué se ha producido y como se encuentra implicado con ese entorno, reacciona desasosegadamente buscando cuál puede ser la causa de esa quiebra del acontecer y presumiblemente se apresurará a preguntar qué es lo que ha ocurrido. El sujeto C sabe que se ha tomado la decisión de sustituir los viejos aparatos por unos nuevos, está a la espera de que los técnicos vengan a sustituirlos y el cambio observado en el lugar le confirma la llegada de los operarios, experimentando satisfacción al ver que no existe ninguna quiebra del acontecer, sino todo lo contrario, pues ve que se han iniciado los trabajos de sustitución. Por consiguiente, es obvia la relación que existe entre capital cognitivo disponible y percepción de variaciones como acontecimientos; y más aún, la relación que existe entre percepción de acontecimientos y reacciones frente al entorno, las cuales también se producen en función de los grados de implicación que los sujetos mantienen con esos entornos donde se perciben los acontecimientos. Pero los márgenes de previsión que integran el capital disponible para la percepción de acontecimientos pueden mantenerse vigentes o, por el contrario, resultar caducos. La vigencia o caducidad de estos márgenes dependen, en último término, de hábitos mentales que sostienen respectivamente la certidumbre o la incertidumbre sobre lo que “uno sabe”: la certidumbre / incertidumbre es una meta-representación sobre los conocimientos disponibles por los sujetos; es decir, es una representación que establece la “confianza” sobre representaciones de objetos, situaciones, acciones... Si se confía en éstas representaciones, hay certidumbre; si se desconfía, hay incertidumbre. Esta meta-representación se establece socialmente por la credibilidad que se le atribuye a los discursos sobre el acontecer, que se tornan

vigentes atendiendo a su forma de expresión, a su método de revisión y a la autoridad de quienes los garantizan, según el cuadro siguiente:*

	MITO		CIENCIA	
	Saber	Hacer	Saber	Hacer
<i>Expresión:</i>	Narración mítica	Rito	Ley científica	Técnica
<i>Revisión:</i>	Teología	Ritual	Epistemología	Tecnología
<i>AUTORIDAD:</i>	SACERDOTES		INVESTIGADORES CIENTÍFICOS	

En los Medios de Comunicación de Masas (MCM), los discursos del *Mito* y de la *Ciencia*, tanto a propósito de lo que conviene *saber* como de lo que conviene *hacer*, se disputan su hegemonía, conviviendo y corrompiéndose mutuamente por la celeridad con que siempre trabajaron los MCM que, desde su nacimiento con el Periodismo surgido de la revolución industrial de la imprenta, mantienen la máxima “vale más informar rápido que informar bien”. Por ello, la emergencia de fuentes diversas de información siempre hoy mediatizadas por MCM, se ven fuertemente sometidas a controversias, carentes de legitimidad porque se fraguan en redes interpersonales de interpretación (las conversaciones efímeras) que, en consecuencia, resultan fragmentadas y descontextualizadas porque esas redes se sostienen sobre vínculos cada vez más vulnerables... Situación que se agudiza con la experiencia de Internet. Ahora bien, convendría considerar las relaciones existentes entre situaciones de inestabilidad social en el curso del acontecer, y las meta-representaciones de la certidumbre o incertidumbre, cuya vigencia o cuya caducidad sobre los márgenes de previsión atañen a los acontecimientos que más implican. Puede haber inestabilidad social (procesos acelerados de cambios, riesgos serios para la salud de las personas y carencia de recursos elementales de comida, agua, etc., como ocurre en las guerras) y sin embargo desaparecer toda incertidumbre porque un discurso social compartido se torna vigente y hegemónico. Así ocurre cuando los fascismos o los fundamentalismos triunfan acrecentando el número de sus seguidores, dispuestos a arriesgar su vida en pos de una causa... Mientras que, al contrario, puede haber estabilidad social (sólo se aceleran cambios menores, cualquier atisbo de revolución o de cambio trascendental deja de ser

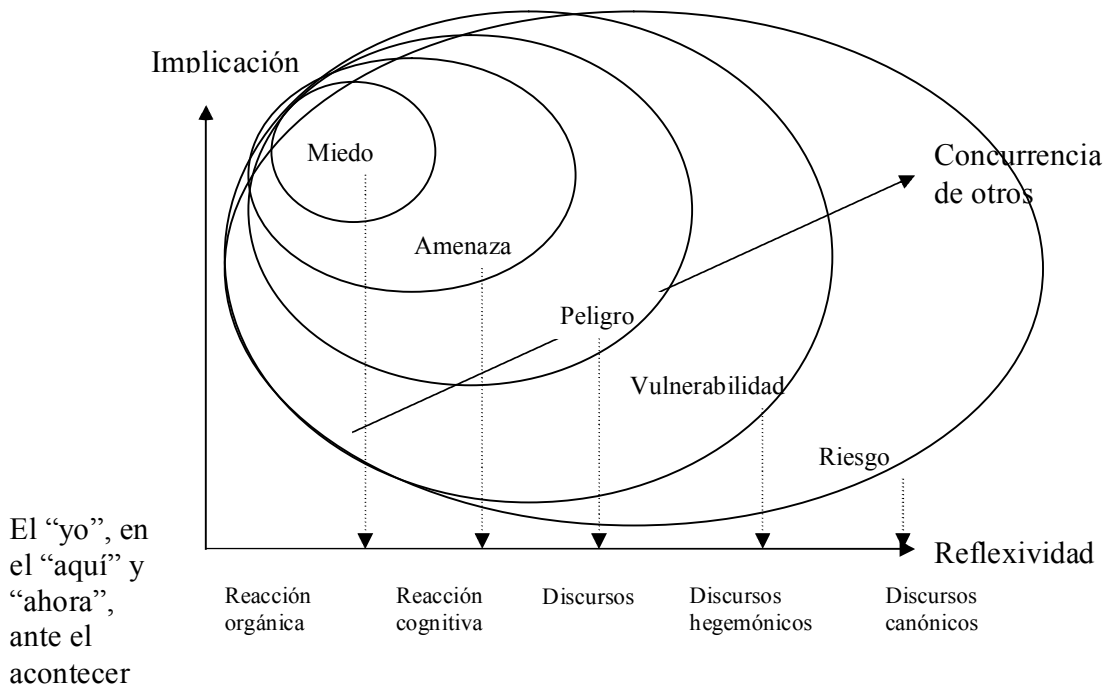
* (Piñuel Raigada, J. L. y Lozano Ascencio, C. *Ensayo general sobre la comunicación*, Barcelona, Paidós, 2006, 178).

vislumbrado, y tanto la salud como la provisión de recursos estar aseguradas, como ocurre en las sociedades del primer mundo) y, sin embargo, desaparecer toda certidumbre porque no hay un discurso social compartido vigente y hegemónico, sino varios en conflicto: cada cual cree tener el suyo, y se busca la seguridad y la confianza sobre el capital cognitivo disponible llevándolas al terreno de los afectos y de las redes de discusión y controversia que brindan las relaciones personales, cada vez más efímeras y virtuales...

Los peligros del acontecer y los reajustes del comportamiento.

Las amenazas y los riesgos asociados a las quiebras del acontecer se perciben de forma distinta dependiendo de los márgenes entre los cuales sitúa el sujeto sus previsiones. Si los márgenes son extremos, desaparece la percepción de amenazas o de riesgos asociados a las quiebras del acontecer; si el sujeto se sitúa en un margen intermedio de previsión, las quiebras del acontecer se perciben como amenazas o como riesgos a los que el sujeto se enfrenta. Y aquí radica la fuente de incertidumbres para las meta-representaciones de los discursos, sean o no vigentes, que circulan por las redes interpersonales de relaciones entre los sujetos. Ahora bien, el sujeto siempre se sitúa dentro de unos márgenes de previsión conforme a diferentes grados de la intensidad con que experimenta la implicación personal frente al acontecer, y conforme a diferentes intervalos o dilaciones de reflexividad entre los estímulos y las reacciones que pone en juego. Ver Figura 3

Figura 3



En esta figura, el punto de origen es el “yo” en el “aquí” y “ahora” ante las quiebras del acontecer que comprometen diferentes tipos de reacciones del sujeto. La urgencia de estas reacciones adquiere diferente naturaleza en función de la intensidad con que se desencadenan y en función de la complejidad con que se emprenden. Cuanto más inmediata es la urgencia de la reacción, menor es la complejidad, y a la inversa, cuanto mayor es la complejidad en la construcción de la respuesta, menos urgente aparece la reacción. De lo contrario, estaríamos condenados a no poder reaccionar ante los acontecimientos si el mayor grado de complejidad se correspondiese con la mayor urgencia. En la figura 3 hemos convenido pues en establecer la “urgencia” y la “complejidad” con esta relación inversa, recurriendo a las nociones de “implicación” y “reflexividad”. La “implicación” es ya una noción conocida en nuestro discurso: baste recordar el ejemplo citado del cambio en el parque de juegos infantiles, sólo percibido como amenaza por el sujeto B, implicado con ese entorno pero cuyo capital cognitivo sobre la previsión del

cambio determina su percepción. Cuando la “urgencia” en la reacción no procede de un capital cognitivo que se mantiene consciente, sino de una reacción orgánica inconsciente, no hablamos de “amenaza” sino de “miedo”, reacción emocional que sólo experimentan aquellos seres vivos, como los mamíferos, cuyo desarrollo cerebral (presencia del sistema límbico) ya dispone de ajustes de comportamiento instintivos (llamados “pautas fijas de acción” comunes a la especie) que a diferencia de otros seres vivos con pautas de fijas de acción heredadas, ya involucran emociones. Las emociones sirven precisamente para mejorar las reacciones orgánicas de urgencia con descargas de sustancias neurotransmisoras como las endorfinas. Más allá de la percepción de “amenazas”, el capital cognitivo necesario para construir respuestas del sujeto, según el esquema de la Figura 3, adquiere mayor complejidad, que procede de las mediaciones interpuestas entre la reacción y la respuesta del sujeto, entre el organismo y la construcción social del comportamiento. Así, un “peligro” se percibe cuando se dispone de “discursos” que categorizan los rasgos asociados a situaciones imprevistas. Por ejemplo, tras la “amenaza” percibida por diversos sujetos del tipo B de nuestro ejemplo anterior, puede haber quien la asocie a movimientos de tierras ocasionados por obras en el subsuelo, quien la asocie a los desperfectos vandálicos de una juerga callejera, etc., en función de valoraciones personales vinculadas a diferentes tipos de discursos traídos a colación para explicarse el cambio. Históricamente hay discursos disponibles por los sujetos que se imponen de forma hegemónica, unas veces como consecuencia de ideologías dominantes, otras veces como consecuencia de hábitos culturales que terminan extendiéndose en el ámbito de los grupos humanos, etc. Cuando algún discurso se hace hegemónico, las previsiones asociadas a las quiebras del acontecer sirven para confirmar alguna “vulnerabilidad” a la que conviene prestar atención prioritaria con el objeto de evitar “riesgos”, los cuales ya sólo se sustancian si el discurso hegemónico se convierte en un “discurso canónico”, o ejemplar, al cual la sociedad debería plegarse mediante la adopción de determinados protocolos de previsión o afrontamiento. Por ejemplo, tras los peligros asociados a los discursos para explicar el deterioro del parque de juegos infantiles, puede haber alguno que se torne hegemónico: *v.g.* la ausencia de rigor policial contra juergas callejeras, el abandono de la seguridad ciudadana, y la creciente relajación de costumbres de la juventud, crisis de valores, etc. Finalmente, ante tales riesgos, puede convertirse en “discurso canónico” de prevención de riesgos

para la seguridad ciudadana, la vigilancia y el castigo frente a la educación y la reinserción, el código penal frente al código civil, la disciplina y la rigidez de las normas, frente a la libertad y la creatividad, etc. En todos estos intervalos de menor a mayor complejidad, interviene pues una mediación creciente de procesos previos de comunicación, de interacciones sociales recursivas que imponen plazos de tiempo mayores entre la implicación y la reflexividad y que provocan dilaciones superiores de respuesta, cada vez menos inmediata. En consecuencia, la “conurrencia de otras personas” necesariamente indispensables para llegar a la percepción y previsión de “riesgos” aumenta considerablemente tal y como queda consignado en la Figura 3. La implicación, por consiguiente, decrece a medida que aumenta la reflexividad de las mediaciones y la necesaria concurrencia de otras personas, grupos, instituciones, formaciones sociales, etc. E inversamente, la reflexividad de las mediaciones resulta menor mientras la urgencia de la implicación sea mayor. Finalmente debemos añadir que estos nuevos “caparazones de incertidumbre” se tornan en “caparazones de supervivencia” que, en nuestro dominio de existencia, se asemejan a las capas de una cebolla o de una alcachofa: puede sentirse “miedo” sin percibir una “amenaza”, “peligro”, “vulnerabilidad” y “riesgo”, pero no se puede reflexionar sobre “riesgos” que no contengan en su génesis hetero-referencias a la “vulnerabilidad”, auto-referencias al “peligro”, percepciones de “amenazas” y reacciones emocionales de “miedo”. Es obvio que los MCM logran intervenir tanto más sobre la imposición de discursos hegemónicos (construyendo la imagen de la “vulnerabilidad”) y de discursos canónicos (contribuyendo a establecer protocolos de afrontamiento frente a los “riesgos”), cuanta más referencias al “peligro” proponen y cuantas más percepciones de “amenazas” representan en sus relatos, hasta provocar las reacciones originarias de “miedo” en aquellas personas más desvalidas ante la complejidad de los discursos, como es el caso de los niños. Es ilustrativa, a este respecto, la pregunta que un niño le hacía a su padre tras haber visto un reportaje sobre el “cambio climático”: “Papa, ¿es verdad que nos vamos a morir quemados por el calor?”.